

Contemplando en el vidrio de los mares De su aureola de luz los resplandores.

Una lágrima ardiente, cristalina, Se desprendió de su pupila entonces; Gota fecunda de fecunda vida,

Que refractó la lumbre de los soles. La tierra abrió los sadorientos labios, Entraabrieron sus pétalos las flores,

Y aquella gota de la eterna aurora Fué un beso de celestes bendiciones. Y el hombre, mudo, solitario, triste,

Sintió el fuego de mágica fruición Y vió que de su sombra se elevaba Una llama de tibio resplandor:

Era un soplo del genio de la vida, Era un rayo de tierna inspiración, El perfume inmortal de la esperanza

La rima de la luz y del amor; Es Eva, la sonrisa de los cielos, La nota musical de la oración;

La mujer, el compendio de lo bello, La hija de una lágrima de Dios! Y el hombre, mudo, solitario, triste,

Balbuocé un himno de celeste amor Y exhaló sus cadencias más sublimes El arpa colosal de la creación...

OLEGARIO V. ANDRADE.

LOS TRES HIJOS.

El silencioso palacio de la calle de Varenne, con sus grandes ventanas, su escalera de piedra y sus lujosos techos, ofrecía el aspecto de una casa deshabitada.

Tres hombres, sentados en uno de los salones del piso principal, se miraban sin pronunciar una palabra. Eran el señor marqués, el señor conde y el señor vizconde.

Los tres esperaban el resultado de la consulta.

De un momento a otro debían saber por boca de cuatro célebres doctores, si quedaba alguna esperanza de salvar la vida de Gabriel la Ana Sofía, marquesa de Guebrianges, su madre, viuda del marqués Hércules de Guebrianges.

El señor marqués era alto y delgado, adivinandose en su cara que no había llegado aún a los treinta años. El señor conde no tenía más que veintidos; gozaba de mejor salud que su hermano mayor y pasaba por el más inteligente de los tres. El menor, el señor vizconde, parecía ya un anciano, á pesar de no haber cumplido más que veinte primaveras.

Cruzábanse con terrible precocidad las arrugas en su imberbe rostro y llamaba la atención por lo enjuto de sus carnes, por la tos, que le molestaba sin cesar, y por las manchas violáceas de sus mejillas.

Abrióse de pronto una puerta y se presentaron, con los sombreros en la mano, cuatro caballeros condecorados.

El decano, el especialista, el médico, á quien sus colegas respetaban, habló con gravedad, pesando sus palabras como un predicador. Trazó la historia de la enfermedad, y cuando hubo terminado su discurso, lanzó un suspiro y añadió:

—Señores, por penoso que me sea... ustedes son hombres... y estoy en el caso de manifestar que la muerte es inevitable, á menos que un milagro...

Despidiéronse los cuatro doctores, y apenas cerrada la puerta, se les oía hablar en alta voz en el vestíbulo.

—Me acompaña usted? —Gracias. Lo que es hoy no me es posible complacerle.

—Buena; pero ya sabe usted que el mártes hemos de ir juntos al teatro.

Los tres hijos acababan de entrar en el cuarto inmediato y permanecían inmóviles junto al lecho de su madre.

El mayor, que al parecer hablaba en nombre de sus dos hermanos, dijo:

—¿Sufriré usted mucho? La enferma indicó con la descarnada mano que no, y continuó sumida en su inmovilidad de momia.

La pobre señora procuraba respirar lo ménos posible, aferrada á la vida, como si no quisiera gastar de una vez la poca existencia que le quedaba.

El marqués le preguntó: —¿Nos conoce usted bien?

—Un silbido imperceptible surgió de los labios de la moribunda, que, por lo visto, deseaba hablar. Los hijos, inclinados sobre el lecho, aguzaban el oído con impaciencia.

—Hijos míos—murmuró la marquesa— voy á morir... No horeis y orad por mí. Soy una mala madre y he cometido una grave falta, un crimen, del cual he pedido á Dios perdón. Pero antes de comparecer ante él, quiero confesároslo.

Detúvose la enferma un minuto, y bajando los párpados para ocultar su vergüenza, añadió:

—¿He engañado á vuestro padre... y uno de vosotros no es hijo suyo?... ¿no es hijo suyo?... y ese es... La enferma inclinó la cabeza hácia un lado y quedó exánime.

Los tres hermanos salieron de puntillas del cuarto.

En la sala inmediata, se sentaron, y el marqués, visiblemente conmovido tomó la palabra.

—Acabamos de oír—dijo—una terrible confesión que la muerte no ha permitido á nuestra madre concluir. Pero el secreto que imperfectamente conocemos ha de quedar entre nosotros, sin que nadie llegue á sospecharlo siquiera. A los ojos de todos, yo, Juan, seré siempre el marqués; Renato el conde, y Francisco el vizconde de Guebrianges. Sin embargo, ya que sabemos que uno de nosotros lleva en sus venas una sangre ménos pura quizás que la de nuestro padre, no podemos permanecer con respecto á nuestras relaciones particulares en una situación tan falsa como difícil. ¿No sería culpable nuestra ignorancia voluntaria? ¿No hay un interés común en disipar, en los límites de lo posible, esa duda que pesa sobre nuestro nacimiento, aunque se convirtiera para uno de nosotros en abrumadora certidumbre? ¿Qué opináis acerca de esto?

—Opino—contestó el conde Renato—que tienes razón, y supongo que lo mismo pensará el vizconde. Y para daros una prueba de mi sinceridad, voy por mucho que me duela, á calmar vuestra agustia. Oreo que mi madre ha querido designarme á mí en el penoso relato que no ha podido terminar. Tú, Juan, naciste al año del matrimonio de nuestros padres, y ya ves que tu nombre no podía ser razonablemente pronunciado en esta ocasión. Tú, Francisco, el preferido de todos, naciste algunos meses después de la muerte de nuestra hermana, á quien mi madre lloró noche y día por mucho tiempo. Sin ofender gravemente la memoria de la que yace á pocos pasos de nosotros, no puedes atribuir á una falta tu existencia. Mientras que yo... comprendedme á medias palabras... nací fuera de Francia... cuando Mr. Guebrianges era embajador en San Petersburgo. Mi madre era hermosa, tenía veintinueve años, todo el mundo la galanteaba... y mi padre se ausentó varias veces solo de la corte moscovita. En una palabra; soy yo, lo siento en mi sér... y que mi madre me perdone la evocación de este error de su vida. La infeliz deseaba confesarlo humildemente hace un instante, y al hablar yo así, cumplo su última voluntad. Ahora, espero sumiso vuestra resolución.

El marqués y el vizconde se habían acercado el uno al otro. El marqués se levantó y en tono frío y cortés, dijo:

—Caballero, mi hermano y yo damos á usted las gracias por su franqueza. Para todo el mundo, excepto para nosotros, seguirá usted siendo el conde de Guebrianges. Pero no viviremos juntos. ¿Cuándo piensa usted partir?

El conde, no sin sorpresa, contestó:

—Después del entierro. Saludáronse los tres con una inclinación de cabeza, se dirigieron al aposento de la di-

funta y se arrojaron junto al lecho; pero los tres retrocedieron aterrorizados.

La marquesa acababa de moverse y, sin duda, sólo había sido víctima de un desmayo. Al ver á sus hijos, se incorporó trabajosamente, y á los pocos segundos cayó muerta sobre la almohada, después de haber dicho con perfecta claridad:

—¿Es el marqués... es... Juan!... ENRIQUE LAVEDAN.

POESIA DE LEON XIII.

A LOS ACADÉMICOS ARCADES EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE LA FUNDACION DE SU COLEGIO.

¡Arcades! desde el solio Vaticano, Neandro, el que otro tiempo con vosotros el amor de las musas alentaba,

¡os envía salud! Seguid, ¡oh amigos! escalad de las cumbres de Helicon las laderas en flor; juegue en las lirras el noble canto que entonces Homero.

¡No la gloria en el tiempo se os acrezca, Ni el antiguo esplendor del nombre arcadio!

El que, tomando en otro tiempo el nombre arcadio de Neandro, sus ovejas apacentó, cabe las claras linfas del Parnaso feliz, el que á la sombra cantó de umbrosa encina el canto rústico al son de caramillo dulce y joven,

anciano ya, al presente, aún os invita las cumbres á pisar del Pindo Aonio, á que con ritmo jubiloso y noble, palseis en coro las sonantes lirras. Ved aquí que, después de dos centurias, en la playa de Oriente, nuevo asoma el de la Arcadia, memorable día, de augurios faustos y de gloria lleno, grato á la Arcadia y á las musas grato.

El coro de los vates lo celebre con rito singular; vuestros cabellos nuevas hojas circundan, vuestras flautas suenan del canto griego el dulce ritmo que se queja al volar: alzad los ojos: ved cómo rutila desde el polo y en torno de sus ejes palpitando el astro de la Arcadia resplandece.

Un curioso impertinente.

¡HI está otra vez ese hombre,—dijo, haciendo un mohín de disgusto, la señora Damont, y mirando entre las cortinas del despacho de su marido.—Márco, estoy segura de que vigila esta casa; en el tercer día que le veo allí, yo, mirando á nuestras ventanas. ¿Será un ladrón?

Márco Damont dejó la pluma, se acercó tranquilamente á la ventana, y dijo: —No, querida, es un agente de la policía secreta.

—¿Cómo, un polizonte! —Sí, mujer; pero no te asustes; nada debemos temer; nuestras conciencias están tranquilas.

La joven, que había palidecido, se puso roja como una amapola. Luego añadió: —Pero, ¿qué hace aquí espiando nuestra casa?

—Espera una señal mía,—contestó el periodista sonriendo.—Cuando vea en el balcon este papel azul, comprenderá que te has retirado á tu cuarto y entrará por la escalera interior, cuya puerta irá yo mismo á abrir. Pero que te sucede, te pones mala, hija mía?

Y se dispuso á sostener á su mujer, que pareció próxima á desmayarse. Algo repuesta la joven, le preguntó apresuradamente: —Pero ¿por qué es preciso que yo me vaya para que entre ese hombre? ¿Te estás burlando de mí?

La contestación fué una franca carcajada. —Perdona, María, no quería asustarte; es cuestión de un artículo que estoy escribiendo: se habla en él mucho de la policía secreta; hay quien asegura que pagando bien á uno e esos empleados, presenta testigos falsos, y

arregla las cosas de manera que un marido pueda divorciarse de su mujer sin motivo. He querido averiguar la verdad que puede haber en estas habladurías; así, he conseguido, prometiendo por supuesto una buena recompensa, que uno de estos canallas se encargue de vigilarte, siguiéndote á todas partes, para ver si consigues acumular tales pruebas contra tí, que aparezcas culpable sin serlo; entonces podré escribir un artículo contra esa clase de gente, artículo que tengo en proyecto, y en el cual podré demostrar con pruebas lo fácil que es comprar su conciencia. ¿Entiendes ahora, querida, por qué ese hombre te vigila? Perdona, si te he asustado sin querer.

María seguía inmóvil, aterrada; parecía haber perdido todo movimiento.

El marido, más arrepentido cada vez de lo que había hecho, al ver el terror de su esposa, continuó abrazándola:

—Te he ofendido, lo veo, y siento en el alma el mal rato que te estoy dando; créi que esto no podría molestarte. El motivo de no haberte consultado, fué el de dejarte en libertad, porque si se hubiese sabido que estábamos de acuerdo, la gente hubiera creído que tú obrabas á propósito para infundir sospechas á tu perseguidor. ¿Entiendes? Pero habla, mujer, dí que me perdonas, en vez de mirarme con esos ojos asustados.

Ella le tendió su mano. —Sí, te perdono—murmuró con voz apagada;—pero es cruel lo que has hecho conmigo; ¡hacermé vigilar! ¿Qué habrán pensado si alguien se ha enterado de que ese agente me espiaba?

—Habrán pensado que sospechaba de tí, pobrecilla; es verdad: ¡sospechar de tí, que eres la misma bondad y en quien tengo más confianza que en mí mismo! ¡Pobre María!—y la estrechó apasionadamente entre sus brazos.—Ahora, si me lo permites, recibiré por última vez á ese hombre para terminar este asunto que tanto te desagrada. Según las comunicaciones que me haga, terminaré mi artículo, y le despediré, gratificándole; pero, mira, debe traer algo importante que decirme, pues parece impacientarse por mi tardanza en llamarle; conque retírate, y te prometo que se alejará para siempre.

Ella no parecía satisfecha, y dijo: —Puesto que tanto me desagrada, Márco, ¿no podrías despedir á ese hombre sin oír todas las infamias que haya inventado contra mí?

—¿Cómo! ¿Sin terminar mi artículo, del que me prometo un buen resultado? Eso sería tirar el dinero, y no podemos permitirnos semejante lujo; somos pobres, María. ¡Es tan buena idea! Tal vez me proporcione trabajo: ahora que sabes mi plan, ¿qué más te da que escuches las mentiras que ese canalla haya acumulado contra tí? Déjame tener esta entrevista con él, que te juro será la última, ¿consientes?

—Si tanto interés tienes en ello, ¿cómo ha de ser! pero es horrible,—y la infeliz parecía presa de la mayor emoción.

—Veré lo que me cuenta, terminaré mi artículo, que te leeré en seguida, y si su publicación no te agrada, te aseguro que lo romperé al punto.

Diciendo esto, le empujaba impaciente hácia la puerta. Viendo que su resistencia era inútil, se resignó, y desapareció lentamente, dirigiendo una mirada desesperada á su marido, que ya se dirigía al balcon, agitando un pliego azul, según la señal convenida.

—Ya no hay necesidad de ocultarse,—dijo el periodista, abriendo la puerta;—ha sido usted tan poco disimulado, que mi esposa se ha enterado de que la seguían, y será imposible averiguar nada estando ella prevenida.

—Nada me falta que saber, señor,—contestó el recién llegado, que era un hombrecillo de mala facha, pero cuyos ojos penetrantes parecían leer en el fondo de los demás, y Damont se frotaba las manos pensando que le traía noticias interesantes.

—Vamos á ver, ¿qué ha averiguado usted?

—Todo; es decir, todo lo que necesitaba saber.

—Bueno, pues empiece usted,—dijo, sentándose y preparándose á escribir.—Ya escuchó.

—Así me gusta,—empezó el agente.—Usted toma las cosas con calma, no como otros maridos, que despues de obligarme á vigilar á sus señoras, se ponen furiosos á la menor comunicación que se les hace.

—Empecemos. —Esta mañana la señora fué á hacer una visita.

—Ya lo sé. En Kensington. —Eso diría, pero no fué allí, sino á Briston.

—¿De veras? Anotaré eso para empezar. —En Briston se dirigió por Acre Lane, tomando una calle nueva; tengo el nombre apuntado en mi cartera.

—Bueno, adelante. —He olvidado el librito de apuntes en casa cuando fui á almorzar,—continuó el agente, registrando sus bolsillos, mientras el periodista tomaba notas para su artículo.

—Diga usted al ménos lo que recuerde. —Pues bien. La señora se detuvo en una casa, la reconocio bien, aunque no pareciese el número. Un caballero joven abrió, sin dar tiempo á que llamase, y la recibió abrazándola, pudo jurar que la besó cuando el señor quiera citarme como festivo.

—Bueno, lo apotaré. —Parece que se alegra usted. ¿Tanto desea el divorcio? —Sí, es lo que quería saber.

—Falta lo mejor. Naturalmente, no sé lo que ocurrió en la casa; pero empleé el tiempo indagando en las tiendas de la vecindad é interrogando á la portera.

—¿Y qué supo usted? —Ya recuerda usted que su esposa estuvo fuera, á principios de Junio, una semana. —Es verdad,—asintió Damont, extrañando que el agente estuviese tan bien informado.—Pasó unos días con su madre.

—Pues bien, señor. Conozco una muchacha que sirve en esa casa, de Briston, que asegura que la señora pasó esa semana en compañía de su amo, diciendo que era pariente, y que una vez por semana al ménos, los miércoles generalmente, pasa la tarde allí.

—Sí, va á una academia de pintura,—replicó Márco, escribiendo siempre, y viendo con alegría que su artículo se iba haciendo interesante.

Despidió al policía, gratificándole generosamente, y se dispuso á terminar su artículo, con muestras de satisfacción, cuando el agente entró de nuevo, diciendo:

—Me parece que he visto huir á la señora; temo que nos haya escuchado; este es su pañuelo, que ha dejado caer á la puerta.

—Nada importe; adios. Gracias por sus noticias. Apénas terminado el artículo, reunió las hojas y subió alegremente al cuarto de su mujer, para leerlo y reírse juntos de las invenciones del agente.

María parecía estar escribiendo, sentada delante de su tocador; tenía un lápiz en una mano, y en la otra apoyaba la cabeza.

—María, ¿te has dormido?—exclamó, al verla inmóvil. Pero al acercarse, un frasco azul llamó su atención en el suelo.

—¿No contestas, querida? Al tratar de levantarla, su cuerpo se desplomó inerte. Estaba muerta. En el papel que tenía delante, sólo una palabra daba la explicación: ¡Perdon!

El veneno que acababa de tomar no la había dado tiempo para más.

LA FE.

Yo soy amor, y del amor camino; soy blanca nave del sagrado puerto: por mí, postrado en el peñon desierto, canta el asceta su triunfal destino.

Soy consuelo del triste peregrino que cruza el mundo de pesares yerto; soy árbol santo del eterno huerto, rosa bendita del rosal divino.

Sin mí la pena se desgarrá y llora; sin mí el dolor sus amarguras vierte; sin mí el sepulcro con furor devora. Aspirando mi luz el alma es fuerte; la pena se hace amor; la noche aurora; la tumba claridad; fató la muerte.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

EL CORAZON DE ORO.

EPISODIO DE LA GUERRA DE LOS E. UNIDOS.

La guerra del Norte con el Sur, en los Estados Unidos de América, fué una de esas contiendas colosales, asombro del Universo, por el número de combatientes y por los sacrificios hechos por una y otra parte para alcanzar el triunfo.

La contienda fué sangrienta, y tanto los Estados esclavistas como los del Norte rivalizaron en patriotismo y valor, alzándose los últimos como un solo hombre para empuñar las armas y pelear sin descanso, desde que fué disparado el primer cañonazo á las cuatro y media de la mañana del día 12 de Abril de 1861.

Las baterías del fuerte Moultrie, mandadas por el general Beauregard, fueron las que, disparando contra el fuerte Súmer, iniciaron la prolongada lucha, en la cual se contaron por miles las batallas, y en donde vencedores y vencidos sufrieron pérdidas considerables.

Un millon de hombres encarnecidos y decididos median sus fuerzas y preocupaban la atención general.

En el segundo año de esta guerra de exterminio se dieron más de dos mil combates y acciones, siendo de las más sangrientas las del ataque del fuerte Donelson, que rindió el general Uises S. Grant, tomando 14,000 prisioneros, 3,000 caballos, 65 piezas de artillería, 20,000 armamentos y considerable número de pertrechos de guerra.

Entre los jefes prisioneros que más se habían distinguido por su valor temerario y su incansable actividad, se contaba un comandante joven y de marcial figura.

Gravemente herido, y sin conciencia del término de la batalla, fué recogido y enviado con otros compañeros á uno de los hospitales militares.

Allí, entre la vida y la muerte, permaneció algunos días debilitado por la pérdida de sangre y casi siempre con fiebre y delirio.

Una tarde, su imaginación, más despejada que de costumbre, trabajaba por evocar sus recuerdos y darse exacta cuenta de los acontecimientos, cuando sintió cerca de sí el roce de un vestido de seda.

—¿Ya está fuera de peligro?—preguntó una voz dulcísima.

—Sí, señora: el médico asegura que pronto podrá ser enviado á Washington á Armory Hospital para que concluya su curación y trasladarlo despues al viejo Capitolio.

El bizarro militar abrió los ojos y vió delante de sí una esbelta y encantadora criatura, rubia como las espigas, blanca y sonrosada, fresca y joven como la primera ilusión: sus expresivos ojos azules se fijaban con ternura é interés en el demacrado semblante del herido.

Quiso hablar; pero una mano suave como el raso y pequeña cual la de una niña, se posó sobre sus labios, diciendo:

—No hable usted; el médico lo prohíbe; está usted muy débil, pero próximo á entrar en convalecencia.

El joven comandante oprimió con sus labios la preciosa mano, y con la mirada manifestó su gratitud.

—Van á mandar á usted á Washington... El enfermo hizo un movimiento de pesar y trató de incorporarse, pero lanzó un grito. Sus heridas le producían aún dolor agudo, y cayó desfallecido.

—¿Lo ve usted?—exclamó la joven;—tranquícese usted y no cometa imprudencias



para no alarmar á las personas que se interesan por usted. Hasta la vista.

Y la hechicera vision desapareció, dejando al herido engañado y sorprendido.

Al día siguiente fué trasladado á Washington, encontrando á su llegada que en Armer Hospital le habían preparado cama especial y le prodigaban mayores cuidados que á sus compañeros.

Pensó en la aparición de Alejandría y sintió como un bálsamo, como un rayo de felicidad infinita que inundaba su sér.

Su convalecencia empezaba. Sus heridas tenían buen aspecto y la completa cicatrización no podía tardar.

Varias veces había vuelto á ver á la hermosa desconocida. El interés se había trocado en la más viva pasión, y el guerrero correspondió con la suya.

La rubia hija del Norte estaba decidida á compartir la buena ó mala suerte del aguerido candillo, á pesar de una circunstancia que era contraria á sus amores y que los hacía casi imposibles.

Hija de uno de los generales del ejército federal, no ignoraba que el autor de sus días no permitiría jamás su unión con uno de los jefes más temibles del rebelde bando, del cual deseaba el completo exterminio.

II

Completamente repuesto el prisionero, anhelaba volar al lado de sus compañeros y participar con ellos de los peligros y de la mala suerte que perseguía á los esclavistas.

Pensó en la fuga; pero ¿y Susana? ¿Cómo abandonarla, cómo separarse de ella? La amaba con tal exceso, que hacía vacilar su resolución y aumentaba su tristeza é inquietud.

Por algunas palabras comprendió la joven el sufrimiento de aquel sér tan amado.

—¿Desearías partir, quisieras exponer de nuevo tu vida?—le preguntó con ternura?

—Sí, es cierto; pero tu cariño es para mí tan sagrado, que jamás te haría sufrir el dolor de la separación.

—Tu sacrificio exige el mío; partirás y no sufriré por tu ausencia.

—¿Cómo?

—Marcharé contigo.

—¿Tú? ¿Me darás esa sublime prueba de tu abnegación?

—Sí; mi padre aborrece á los esclavistas y nunca consentirá en que sea tuya; pero tú eres mi familia, mi todo; dentro de dos días serás libre.

Efectivamente; el oro abrió las puertas, y los dos enamorados huyeron.

Las más activas pesquisas, las sumas ofendidas por su captura no lograron ningún resultado, y permanecieron ocultos de día, viajaban de noche en dos briosos caballos y alejándose de los puntos en que acampaban los enemigos.

Contaban dos noches de marcha, cuando en la tercera se detuvo bruscamente el caballo del comandante.

Un hombre le sujetaba por las riendas. Era un negro, alto, robusto, de facciones puramente africanas, y en quien la hija del general reconoció á uno de los criados de su padre.

Existe inveterada y honda preocupación contra esa raza que no tiene otro crimen que el color de su piel, debido á una especie de tejido mucoso compuesto de visículas en extremo pequeñas, las que contienen un licor oscuro que circula por debajo del cutis, según afirma Malpigni.

Injustos y severos son con esa raza los que de cerca no han podido juzgarla. Negros transportados á Europa y educados con esmero han sido notables por su inteligencia.

El embajador de Bassett, el senador Hiram Revels, son en los Estados Unidos brillante muestra de lo expresado; y el negro Abraham Petrowich tenía capacidad asombrosa para las matemáticas.

Este último fué comprado en Constantinopla, y en obsequio al Ozar Pedro I, obtuvo brillante educación y se distinguió en las armas, mandando la flota rusa en el Mar Negro

y llegando al alto puesto de general en jefe en 1759.

Pero basta de digresión, y continuemos nuestro relato.

—Al fin encuentro á usted, caballero,—dijo el negro;—excelente hallazgo para mi amo y para mí.

—Ignoro por qué me tomas—contestó el comandante confiado en su disfraz;—te equivocas sin duda; déjame continuar mi camino.

—¿Sé quién es usted, y afirmo que, á pesar de su traje de hombre y del negro color de los cabellos, vuestro acompañante es miss Susana.

—¿Pues bien, ¿para qué fingir? Me conoces; pero ¿en dónde has podido verme?

—Cuando condujeron á usted al hospital, pregunté y me dijeron el nombre.

—¿Qué beneficio podrás tener con mi captura? Mis soldados me esperan, y además, no podrás prenderme tú solo.

—Lo intentaré; cerca de aquí hay una avanzada; á una señal ó un sibido, acudirán en mi auxilio.

—Si es por la suma ofrecida, toma una joya que vale mucho más.

Y al decir esto se quitó una riquísima sortija de brillantes.

El negro la tomó, y examinándola, dijo:—Hermosa es; pero permita usted le haga una pregunta.

—¿Cuál?

—He oído hablar mucho de su valor de usted y de sus virtudes; entre éstas, ¿existe la de no despreciar á mi raza?

—Dios la creó igual á la de los blancos: Dios la dió alma, corazón, generosidad y abnegación; y, cubriéndola con piel de azabache, quiso probar el orgullo, la falta de caridad y las preocupaciones de la raza blanca.

—Tal vez me engaña usted; pero prefiero creer en su buena fé: los brillantes de esta sortija son muy puros y el pobre negro no posee nada sino su salario, y debe obedecer á su amo; sin embargo, dejo á usted en libertad, respetando su valor y virtud. A miss Susana, como siempre ha sido buena conmigo, la deseo feliz porvenir; para mí me queda el recuerdo de las generosas palabras del comandante Walker.

Y el noble negro puso la sortija en manos del fugitivo.

—Acéptala como recuerdo nuestro—exclamó miss Susana; tienes una alma elevada y digna.

—No; al aceptarla crecería venderme; no tomándola, mi satisfacción es más pura.

Y desapareció entre los árboles, sin atender al llamamiento del comandante y de su amada.

Los días después estaban en salvo.

III

La guerra continuó dos años más; el ejército federal obtuvo repetidas victorias, y los del Sur, encerrados en un gran radio de fortificaciones de Richmond, vieron desmoronarse la confederación y quedar vencida por completo.

El comandante Walker se encontraba con el general Lee cuando éste se rindió al valiente y afortunado Grant en Appomattox Court House, y desde entonces se retiró á Nueva Orleans, consagrándose á la vida doméstica y á la felicidad de su esposa, la heroica joven, que por dequerra le había acompañado.

Quando murió el general, padre de Susana, éste escribió al generoso negro Polk para que fuera á vivir en su casa como un amigo, y á su llegada, el comandante le estrechó en sus brazos con fraternal cariño, diciéndole:

—Bres nuestro hermano y nuestro salvador; á tí debemos nuestra dicha: ven á participar de ella.

LA BARONESA DE WILSON.

Escritor funeral; genio sin cena; cantor de tumbas y demás horrores; perpetuo cazador de ruiseñores; espectro sin dinero y con melena.

Funerario consrje de la pena;

perseguidor de parejas y dolores; Safo varon, que al recordar amores

quieres morir por abreviar la escena...

Deja la muerte ya... mas por si aspira tu genio á abandonar la humana zona,

no busques árbol; ni cordel, ni pira; Oya mi voz, que la verdad abona: ponte al cuello las cuerdas de tu lira, y cuélgate despues... de tu persona.

BERNARDO LÓPEZ GARCÍA.

LAS GOLONDRINAS.

Las golondrinas su amoroso nido Colgaron de las vigas de mi techo,

Y de la aurora al despuntar, volaban cantando hácia el alero.

Allí de dos en dos, juntas en fila, Presagaban el día con sus cantos, Y cuando el sol saltaba tras los montes Volaban á los campos.

Y al declinar el sol, cuando la tarde Sus húmedas tinieblas desfogia, Batiendo alegres sus alas negras, A su nido volaban.

Hoy su caliente nido abandonaron Y sin posarse en el desierto alero Ni alzar su canto al sol que amanecía, Perdiéronse á lo lejos.

Y la noche avanzando lentamente, Cubrió la tierra, se lanzó al espacio, Y al nido que colgaran en mi techo Las aves no tornaron.

¡Felices ellas que batiendo el ala Se pueden alejar de la tristeza, Que al ver sombrío y solitario un campo Hácia otro campo vuelan!

¡DIOS TE SALVE!

(A UN NIÑO.)

Desde la nave en que el naufragio arrostras, sacudido de resacas vendavales, miro en la playa tu bajel risueño entre crestas de espuma columpiarse.

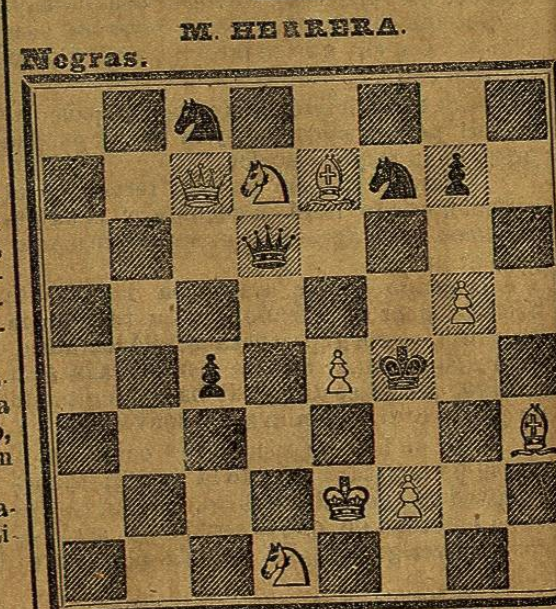
Alzando el ancla del oscuro fondo, izas las velas que los vientos abren, y entonando sentida barcaola, venturoso principias el viaje.

Quando llegues al punto en que se engendran entre rayos de horror las tempestades, y horadan con su acento los abismos, tronando con fragor los huracanes,

Al encontrarnos en el golfo inmenso de donde nunca vuelve el navegante, pueda al paso, mirándote con honra, alzar los remos y decirte: ¡Salve!

S. RUEDA.

PROBLEMA DE AJEDREZ



Salen las blancas y dan mate en 4 movimientos. Solucion del problema publicado el domingo pasado. 1. R g 2—R toma C.—2. A g 7—R h 5.—3. A g 4—R g 5.—4. P f 4 + ♀.



Tomo III. México, Domingo 27 de Agosto de 1893. Núm. 111

ANGELINA.

NOVELA POR DON RAFAEL DELGADO.

(ESCRITA PARA "EL TIEMPO.")

(CONTINUA.)

X Andrés vino á visitarme, le invité á dar un paseo por las orillas del río, y entonces me declaró que mis tías estaban en la miseria.

Para sostenerme en el colegio sin que nada me faltase, habían hecho toda clase de sacrificios; redujeron sus gastos á lo menos posible, y tra bajaban del día á la noche, costiendo, confeccionando pastas y conservas y haciendo flores artificiales.

En cierta época torcieron cigarrillos para El Puerto de Vigo. Pero el mejor día se enfermó tía Carmen. Una enfermedad muy común en Villaverde á la entrada del verano, la postró en el lecho. Pasó la disentería, pero la pobre anciana quedó achacosa. Se restableció aparentemente; estaba herida de irremediable enfermedad. Al principio se presentó un síntoma que no acertaron á explicarse las buenas señoras.

Algo—decía la enferma—como un horri gueo en la columna medular; algo que deseen día, rápido como relámpago, hacia las extremidades inferiores. En ocasiones, vértigos que duraban un instante y que dejaban á la paciente causada y sin fuerzas. Así durante algunos meses. Después no volvieron horri gueos ni vértigos, pero sobrevinieron convulsiones, muy fueres en el brazo izquierdo, el cual, pasado el acceso, quedaba débil y entorpecido. Vino el Dr. Sarmiento, recetó pomadas y bebidas tónicas; prescribió alimentos sanos y nutritivos, ejercicio moderado por la mañana y por la tarde, y durante las horas intermedias sosiego y reposo.

La anciana no quería estar mano sobre mano; pero tuvo que obedecer las órdenes del médico en vista de los progresos de la enfermedad.

Desde entonces pesó sobre la tía Pepa todo el trabajo, el cual, como es de suponerse, no bastó á las necesidades de aquella casa, ni para sostener al sobrino, para sostenerme en el colegio. Tía Pepa dijo: "¡Que se vengal! ¡Que no siga estudiando! Aquí le buscaremos un empleo, cualquier destino en que se gane alguna cosa." Pero la enferma se opuso á ello: —"Que acabe el año,—replicó—Dios dirá. Acaso para entonces nos paguen la pensión."

Y así pasó un año, y buena parte de otro. Nunca me faltó nada; nunca dejé de recibir, con toda puntualidad, el dinero que desde un principio me señalaron para atender á mis gastos. Sólo una vez, en Mayo ó Junio, no recibí el dinero en los primeros días del mes. Escribí; y vino orden para que un villaverdino ricacho, de años atrás establecido en la Capital, me diese veinticinco duros.

Por Andrés vine en conocimiento de que entonces vendieron la casita, la hermosa casita en que nací, donde muró el abuelito, donde murieron mis padres. Nunca fíamos ricos; teníamos lo necesario para pasar la vida; pero todo se fué acabando poco á poco; aque lo era lo último que nos quedaba. En verdad que la tal casita no valía gran cosa; sin embargo, no había en Villaverde otra mejor. Ninguna más amplia, ni más alegre, ni más cómoda. Tenía agua corriente y un gran patio que mis tías habían convertido en hermoso jardín, donde se producían hermosas flores y magníficas frutas; naranjas de China, como almbiar

de dulces; aguacates muy afamados en Villaverde; chinenes, blancos como la leche, y sin una hebra; jinicules riquísimos, anchos, aromáticos, carudos; guayabas—manzanas deliciosas. Estas las daban unos árboles plantados por el abuelito, quien trajo las simientes de las Antillas.

Vinieron las escaseces, la pobreza y la miseria. La enferma iba de mal en peor. Las convulsiones eran diarias, y duraban dos ó tres horas. El brazo izquierdo no le servía para nada; las piernas fueron debilitándose, y la buena señora no pudo caminar sin el auxilio de otra persona. A las amarguras de la pobreza se juntaron en mi pobre tía otras mayores: las que le causaba ver que su hermana trabajaba del día á la noche, sin que ella la pudiese ayudar. Tía Pepa hacía flores, cosía, y daba lecciones de lectura y de catecismo á una veintena de niños.

No pudieron conseguir que la pensión fuese pagada. El Gobierno no estaba en condiciones de hacer esos gastos, decían; pero yo he creído siempre que para quienes entonces estaban en privanza no fueron nunca simpáticas las ideas de mi abuelo. ¡Qué entendían ellos de pelear en defensa de la patria, en Tampico, en Veracruz y en Churubusco! ¡Qué les importaba á ellos que se murieran de hambre unas pobres viejas!

Andrés acudió en auxilio de mis tías; hizo por ellas y por mí cuanto pudo; pero el fiel servidor no tenía mucho: un tandejón insignificante, y paremos de contar.

Mis tías conservaron siempre, en su pobreza, su amada dignidad. Nunca pidieron ni